



FORMACIÓN PERMANENTE

Misioneros Redentoristas

Provincia de Santiago de Chile

BOLETÍN N° 17 (01.11.2012)

Presentación

Hace algunos años atrás fue publicada una pequeña obra del P. B. Haring titulada ¿Qué sacerdotes para hoy?. La preocupación central del autor es hacer reflexionar sobre el perfil del sacerdote que el mundo de hoy necesita, pero correlativamente también se deben plantear las preguntas siguientes: ¿Qué Iglesia para el mundo de hoy?; ¿Qué moral para el mundo de hoy?; ¿Qué religiosos para el mundo de hoy?. Son preguntas que no solamente no han perdido vigencia sino al contrario, son cada más urgentes, porque la sociedad de hoy, cambiante y compleja exige una presencia activa de la fe cristiana en ella para no perder el rumbo de la plena humanización.

La vida religiosa particularmente necesita no sólo meditar sobre lo que en sí misma es, sino también sobre la acción que la sociedad de hoy reclama y exige de ella. Los redentoristas estamos empeñados en una reestructuración que nos permita ser más fieles y auténticos en nuestra misión según el carisma alfonsiano. Hemos hecho ya un camino pero falta aún mucho por recorrer y sobre todo falta mucho por poner en acción.

El presente artículo es una profunda reflexión sobre los desafíos presentes para la vida religiosa. Fue presentada en un encuentro internacional de religiosos en España comenzando el siglo XXI (2003); tiene por lo tanto la visión y perspectiva desde el mundo europeo, pero es un buen marco referencial para hacer también la reflexión desde una perspectiva y visión latinoamericana y chilena, que podemos hacer desde nuestra reflexión comunitaria redentorista.

Los invito a leerlo en comunidad y trabajarlo en lo que concierne a nuestra realidad comunitaria y eclesial.

JPC.

Se pusieron en camino, ¿hacia dónde?



EL CAMINAR DE LA VIDA RELIGIOSA HOY

Mercedes Lapuente, mm

INTRODUCCIÓN

Al presentar las ofrendas en el altar, el piadoso israelita rezaba así: "Mi padre era un arameo errante..." (Dt 26,4). En este "errante" se manifiesta un aspecto esencial de la fe de Israel, pueblo nómada, siempre en camino, en busca de la Tierra Prometida. Es un símbolo primordial que atraviesa tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento para expresar nuestra condición de caminantes, de Pueblo de Dios en marcha, de Iglesia peregrina, Y, sobre todo, nuestra condición de discípulos y discípulas en el camino del seguimiento del que se nos revela como el Maestro, el Cristo.

"Se pusieron en camino, ¿hacia dónde?" Este es el título, pienso que en esta misma línea simbólica, que se me ha propuesto para esta reflexión amistosa entre vosotros y vosotras. Cuando recibí esta invitación, me vino a la memoria esa famosa parábola, que la mayoría conoceréis: ¿Quién se ha llevado mi queso?, de Spencer Johnson, M.D., de cómo adaptarnos a un mundo en constante cambio. Recordáis a esos dos ratoncitos y dos hombrecillos que vivían en un laberinto. Estos cuatro personajes dependían del queso para alimentarse y ser felices. Como habían encontrado una habitación repleta de queso, vivieron durante un tiempo muy contentos. Pero un buen día el queso desapareció... Esta fábula simple e ingeniosa nos enseña que todo cambia, que las fórmulas que sirvieron en un momento pueden quedar obsoletas, y si no cambias te extingues. Viene a decir que, la vida no es un pasillo recto y fácil por el que viajamos libres y sin obstáculos, sino un laberinto en el que debemos hallar nuestro camino, por zonas desconocidas y peligrosos callejones sin salida. Pero, si tenemos fe, y somos capaces de avanzar en una nueva dirección, dejando atrás el miedo, nos ayudará a encontrar un nuevo y más sabroso queso. Ciertamente, esta sencilla parábola me ha iluminado al reflexionar sobre el camino actual de la vida religiosa pensando en su futuro, "¿qué haríamos si no tuviésemos miedo?".

Nadie puede negar que los tiempos que corren para la vida religiosa, sobre todo para la nuestra, occidental y europea, son tiempos difíciles. No resulta fácil decir dónde estamos y describir a dónde vamos. Tenemos la impresión de encontrarnos ante una encrucijada, de no saber por qué camino tirar, desprovistos de carteles indicadores que señalen el sentido, la meta. Otros tienen la sensación de que se está acabando el aceite de nuestras lámparas, o que navegamos en medio de una densa niebla sin saber bien qué rumbo llevamos. Surgen personas y grupos que reflexionan, que ponen en voz alta lo que es la preocupación de todos y de todas, se nos habla con imágenes de noche, de túneles oscuros, de caos... Aunque la mayoría de las veces, cuando hablamos, pensamos más bien en la falta de vocaciones, en nuestro progresivo envejecimiento, en nuestra creciente merma numérica o en nuestra pérdida de significatividad y relevancia social. Es evidente que, más allá de la preocupación de cada Instituto por su carisma, existe la preocupación por su supervivencia, por la realidad presente y futura. ¿Habrà vida religiosa en el futuro? ¿Hacia dónde nos dirigimos?

Sociológicamente, a cuantos formamos parte de esta vida religiosa, nos está invadiendo quizás un ataque de pesimismo institucional ante la realidad del descenso numérico. Nos



sentimos inmersos en una situación de impasse... Siempre habíamos deseado la pobreza real, pero no nos imaginábamos que el Señor nos la iba a conceder por estos caminos... El peligro estriba en que tal situación nos acompleje y nos sintamos como "los últimos de Filipinas"; que después de nosotros, nada... que "habrá que traspasar la tienda." Creo sinceramente, que si estos pensamientos nos acechan, hay que tratarlos como venidos del "mal espíritu". No son inspiración del Espíritu del Señor, capaz de hacer nuevas todas las cosas, y generar nueva vida y esperanza donde sólo nos parece que abunda la muerte...

"¿Podrán revivir esos huesos?...Tú lo sabes, Señor... Hijo de Adán, esos huesos, son toda la casa de Israel. Ahí los tienes diciendo: Nuestros huesos están calcinados, nuestra esperanza se ha desvanecido; estamos perdidos. Por eso profetiza diciéndoles: Esto dice el Señor: Yo voy a abrir vuestros sepulcros, os voy a sacar de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os voy a llevar a la tierra de Israel... Infundiré mi Espíritu en vosotros para que reviváis, os estableceré en vuestra tierra y sabréis que yo, el Señor, lo digo y lo hago..." (Ez 37,1-14).

Tenemos que cambiar de óptica. ¿Qué éxitos esperábamos? Ahora, si cabe, más que nunca, tenemos que leer despacio la Escritura y dejarnos iluminar por su Palabra. No puede dejar de ser cierto que el Espíritu del Señor nos asiste todos los días hasta el final de los tiempos (Mt 28,20).

Desde este fondo, quiero presentar esta reflexión para caminantes. Esos caminantes, seguidores del Maestro, que somos todos los hombres y mujeres que hoy constituimos esa pequeña minoría que es la vida consagrada en medio de este mundo de más de seis mil millones de personas. Una reflexión cargada de modestia que parte de mi propia experiencia y de mi forma de mirar, la de una mujer que está encantada con su condición de cristiana laica y con su vocación de consagrada en la Iglesia, pero que en esta encrucijada se pregunta, con todos vosotros, aquello de los personajes de la parábola: ¿Qué haría si no tuviera miedo? Esta es la clave de fondo.

Es probable que ofrezca más sugerencias que soluciones, más provocación y preguntas que respuestas. Es bueno cuestionarse. También María de Nazaret se preguntaba aquello de: "¿cómo sucederá eso?"; pero el ángel, que era un ángel de verdad, no le dio ninguna respuesta; simplemente le sugirió: "no temas", y le aseguró que el Espíritu del Señor estaría con ella (cf. Lc 1, 26-38). Lo importante es que cada cual elabore sus propias conclusiones.

El método que guiará esta reflexión es el popularmente conocido como: Ver-Juzgar-Actuar. Se trata de que, en este nuestro caminar fugitivo, después de haberle contado a un Desconocido, que camina a nuestro lado, todo cuanto nos sucede, dejar que abra nuestros ojos y haga arder nuestro corazón por medio de la Escritura. Que, comenzando por Abraham y los profetas, nos ayude a comprender este anochecer de nuestro tiempo social, eclesial y de vida religiosa, y podamos reconocerle en la experiencia de la mesa compartida como principio de renovada esperanza y germen de nueva humanidad.

1. YA NO ES LO QUE ERA...

Para situar adecuadamente nuestro tema hemos de asomarnos a las principales coordenadas que determinan la situación actual de la sociedad, de la Iglesia y de la vida consagrada. Teniendo en cuenta que cuando hablamos de vida religiosa nos estamos refiriendo a un fenómeno demasiado plural y heterogéneo como para un tratamiento unívoco e igualitario, y que toda generalización corre el riesgo del reduccionismo simplista, nos aventuramos, sin



embargo, a enumerar algunas notas dominantes en el panorama común de nuestro momento actual.

Ya nada es lo que era. Ciertamente, muchas veces en nuestras conversaciones nos ocurre como a esos jóvenes del simpático anuncio de televisión: "¿Te acuerdas cuando no teníamos línea ADSL... y para conectar teníamos que esperar en plan "piii.." y la cara de tu viejo cuando llegaba la factura del teléfono...? ¡Pero, ahora...! ¡Ah, qué tiempos aquellos...! Pero, si la línea ADSL la instalaron el lunes...". Y es que todo cambia tanto y tan rápidamente... Unos pocos días han bastado para familiarizarnos con nuestra nueva moneda, el "euro", que hasta la peseta nos parece ya de épocas lejanas. Por todas partes oímos hablar de lo nuevo, de novedad: los chips, nuevos ordenadores, nuevas tecnologías, nuevos mercados financieros, la ingeniería genética, una nueva cultura...

No es éste el momento de analizar los varios aspectos que muchos pensadores apuntan como elementos de un cambio de época; pero hay palabras que expresan este fenómeno: globalización, mundialización, redes de la información, postmodernidad, refundación..., "11 de septiembre", "euro"... Es evidente que estamos siendo testigos y protagonistas del nacimiento de un mundo distinto y nadie está al margen de los cambios. Tampoco, por supuesto, la Iglesia y sus instituciones.

En momentos de cambios profundos, las identidades sociales se transmutan. Se produce un desajuste de significado, de simbolismos, de figuras. Se desvela el final de la etapa última de un proceso histórico que abre camino a "otra cosa", a nuevos comienzos. Esto ha ocurrido con la identidad social de la Iglesia y, dentro de ella, la de la vida religiosa.

Efectivamente, los últimos tiempos han sido enormemente interpelantes, y problemáticos para la vida de la Iglesia. Sobre todo se constata a través de lo que algunos autores han venido llamando como el "crepúsculo" de un viejo modelo o paradigma de Iglesia de Occidente, y que se describe como el final de un triple fenómeno: fin de la "cristiandad", fin del "euro centrismo" y fin de la hegemonía de una eclesiología universalista, jurídicista¹.

El cristianismo europeo se ve hoy día desafiado por una ola creciente de secularización y de indiferencia religiosa. La Iglesia ya no es el edificio central de la nueva sociedad urbana. La Iglesia y sus instituciones entran en el mercado del pluralismo y el relativismo, en la competitividad de muchas opciones. El rostro de la Iglesia ya tampoco es mayoritariamente europeo-occidental, y su cultura va siendo cada vez más plural y diversificada. El recelo que ha mostrado el bloque eclesial tanto hacia la modernidad como hacia la posmodernidad ha marcado distancias. A eso se añade la situación de desigualdad y de exclusión que está generando la sociedad neoliberal, estructuralmente injusta; también este modelo social excluyente resta credibilidad al proyecto cristiano.

Aunque no todo es tan opaco. Existen también indicios de que en el horizonte asoma cierto clarear. Una eclesiología de comunión, propuesta por el Concilio Vaticano II, se va

¹ A. Borrás, *Considérations sur le crépuscule de la vie religieuse en Occident, Vie Consacrée* 71 (1999) 163-176.

Este tema está ampliamente desarrollado en el Documento que la Comisión Teológica de la Unión de Superiores Generales elaboró con el título: Dentro de la Globalización: Hacia una comunión pluricéntrica e intercultural., 8 de diciembre de 2000.



abriendo camino en el entramado eclesial desde la visión de la correlación y complementariedad de las diversas formas de vida cristiana, donde, sobre todo, los laicos y laicas van adquiriendo importancia y protagonismo en todos los ámbitos. Todo esto se ve plasmado en el emerger de una nueva conciencia eclesial abierta al diálogo, a la totalidad, y a una espiritualidad de la encarnación e inserción que pide un fuerte compromiso con las mayorías empobrecidas y una fuerte crítica con el sistema económico mundial y su globalización².

En la vida consagrada está sucediendo exactamente lo mismo que sucede en la Iglesia, y en otras muchas instituciones de nuestra vieja Europa. Nos está afectando, y no poco, el envejecimiento del mundo occidental y el fuerte retroceso que vive el cristianismo. Los días de gloria de nuestras congregaciones, los noviciados rebosantes, nuestras obras prósperas, colegios, hospitales, instituciones benéficas, etc., hace mucho que han pasado. Ciertamente ya no somos lo que éramos... Nuestro rostro, nuestras lenguas, nuestros lugares... todo está desplazándose. El pluralismo étnico y cultural es cada vez mayor.

Nuestra vida consagrada, esta realidad enormemente minoritaria en el conjunto de la Iglesia (apenas somos un 0,12%), y que es mayoritariamente femenina y laical, vive hoy una situación paradójica. Ciertamente, se tomó muy en serio el proceso de renovación iniciado por el Concilio Vaticano II. Algunos cambios de este momento fueron incorporados y asimilados con tanta rapidez y naturalidad que hoy nos cuesta creer que no haya sido siempre así: el mayor conocimiento del carisma y de los orígenes del Instituto; la concepción y ejercicio de la autoridad en clave de diálogo y servicio; la búsqueda de un nuevo estilo de vida fraterna; nuevos modelos de formación; el acercamiento decidido hacia los pobres con nuevas presencias de radicalidad en las comunidades de inserción; la profesionalización y mejora de la calidad del servicio de nuestras obras; mayor calidad de nuestras celebraciones litúrgicas y oración; así como una sensibilidad diferente para percibir los nuevos desafíos de nuestro mundo³...

Son algunos de los muchos signos que dan fe a nuestro caminar, que evidencian la vida y esperanza presentes en nuestras congregaciones y que dan testimonio de lo mucho positivo que hay en ellas. Vosotros y vosotras, que estáis al tanto de esa realidad llena de posibilidades que hay en tantos hermanos y hermanas de vuestras comunidades, podrías seguir hablando de logros y de gracias.

Sin embargo, y ésta es la pregunta clave que está en la base de nuestra paradoja, ¿cómo explicar que, después de tantos esfuerzos, y logros alcanzados, en la renovación de nuestra vida religiosa no presente todavía una figura convincente y significativa, capaz de expresar de manera clara su propuesta evangélica? Después de más de treinta años de renovación, la vida religiosa se muestra insegura sobre su finalidad, confusa sobre su función y bastante indecisa sobre su futuro. Flota el sentimiento de una insatisfacción bastante generalizada. Hay como una secreta convicción de que los esfuerzos realizados no han dado el resultado esperado. Las cosas "no marchan del todo"... y el desencanto o la resignación se van

² Si una paradoja es una situación que contiene elementos aparentemente contradictorios, calificar de paradójica nuestra actual situación nos ayudará a entender el desafío que tenemos delante.

³ La referencia se podría alargar mucho más. No he pretendido ser exhaustiva en la enumeración, sino señalar algunos ejemplos de cómo la vida religiosa aunque sí ha mermado en cantidad ha crecido en calidad.



apoderando de nosotros. Se reconoce una falta de sintonía entre lo que son los ideales propuestos por nuestros documentos y capítulos y las prácticas concretas.

Toda esta situación nos habla claramente de que la crisis tiene su origen en que una determinada "figura histórica" parece haber llegado a su fin⁴ y de que hemos entrado en una situación de crepúsculo, de encrucijada existencial -"¿no hay queso?". Una fuerte crisis de identidad cultural está afectando al modelo tradicional de vida consagrada que, como todo fenómeno humano, está sometida al movimiento de los flujos y reflujos que representan cada uno de los ciclos históricos y que hoy ya está en su ocaso⁵.

Dos son las razones fundamentales que se barajan a la hora de hablar del "final" de esa "figura histórica", de ese "enmohecimiento del queso". La primera es que el modelo actual es incapaz de lograr esa unión dinámica entre experiencia espiritual y opción apostólica; entre el "carísima", como manera de experimentar a Dios, y "misión" como respuesta actualizada a las interpelaciones de la nueva realidad. La misión, identificada muchas veces con las tareas y fuertemente institucionalizada, acaba por ser víctima de sus mediaciones. La lógica de lo institucional (instrumental) sofoca la lógica del Espíritu que sopla donde quiere y no nos da la garantía y la seguridad de lo conocido. Por otra parte, segunda razón, tampoco es significativo el lenguaje de la fe y su interpretación como forma de vida en un mundo secularizado y pragmático; la figura "tradicional" es incapaz de asimilar lo "nuevo" que adviene en tantos desafíos y signos de los tiempos actuales y en la enorme necesidad de crear otras "figuras".

En este contexto, parece que nuestras opciones están bastante limitadas y que sólo nos quedan dos alternativas: agarrarse desesperadamente al pasado, regresar por nuestros ajos y cebollas de Egipto, sentarnos al borde del camino a esperar la muerte, "liquidación por cierre"..., o, quizá, espabilarnos, "si no cambias te extingués", reanimarnos con la esperanza y el "olfato" de un nuevo queso, y aventurarnos por laberintos desconocidos para buscar un camino "sostenible", guiados por la dinámica pascual, salir de una tierra que ya no nos pertenece para ser conducidos a otra que se nos ofrece como promesa, sabiendo que en este viaje nos acompaña siempre el Espíritu del Señor Resucitado.

2. EN LA MEMORIA: OTRAS EXPERIENCIAS DE RESPUESTAS ANTE LOS CAMBIOS DE ÉPOCA

Comenzábamos recordando aquella oración del israelita: "mi padre era un arameo errante..." (Dt 26,5). Y es que como Abraham, como los profetas, como cualquiera de aquellos que un día se pusieron en marcha para seguir a Jesús, la historia de la vida

⁴ Así lo expresan varios autores, como por ejemplo: UNIÓN DE SUPERIORES GENERALES, Carismas en la Iglesia para el mundo. Congreso sobre la Vida Consagrada hoy. San Pablo, 1994, "parece que la figura histórica que ha asumido hasta ahora está agotada y ha llegado al ocaso..." p.213. COMISIÓN TEOLÓGICA DE LA USG: Dentro de la Globalización: Hacia una comunión pluricéntrica e intercultural, ob. cit., n° 30. Carlos Palacio, El sacrificio de Isaac, parábola de la vida religiosa, Boletín de la CLAR, marzo 1993., " la crisis tiene su origen en el agotamiento de una "figura histórica" de Vida Religiosa", 16-29.

⁵ D. O'Murchu, Rehacerla vida religiosa. Una mirada abierta al futuro, Publicaciones Claretianas, 2001, 26. Desarrolla una interesante tesis acerca de la dimensión cíclica de las diferentes formas de la vida religiosa. Sugiere que la vida religiosa presente en la tradición cristiana se desarrolla en ciclos aproximados de 300 años, con las diferentes etapas: crecimiento, expansión hasta llegar a un clímax y luego van progresivamente decayendo hasta un estado crítico que culmina en la extinción de algunos grupos.



religiosa está marcada desde su origen por la "itinerancia", por los cambios y desplazamientos continuos.

Antonio, padre de los monjes, salió de una sociedad que estaba olvidando el radicalismo del evangelio y se adentró en el desierto buscando un nuevo modo de vida que recordara a todos la preferencia del Absoluto. En la Edad Media, la vida religiosa, se retiró a la vida de los monasterios, como testimonio liminal en las fronteras de una nueva cristiandad. En el siglo XIII, Francisco, Domingo y Pedro Nolasco inventaron nuevas formas, provocaron nuevas itinerancias e hicieron posible que la vida religiosa se adaptara a las nuevas necesidades apostólicas de una sociedad también en cambio profundo, dando origen a un nuevo estilo de vida conventual y mendicante. Igualmente, ya en el siglo XVI, la propuesta de Ignacio fue radicalmente diferente, la itinerancia en la misión se convertía en situación habitual. A partir del siglo XVI y hasta hoy, la mayor parte de las congregaciones se comprometieron en una red de servicios asistenciales, educativos y hospitalarios; la vida religiosa tomó, una vez más, un rostro nuevo. Este tipo de vida extendió su presencia de una manera espectacular, especialmente en la Europa del siglo XIX. En el siglo XX surgieron también nuevos movimientos, aparecen los llamados institutos seculares, nuevas formas de ministerio y de estilo de vida religiosa... Finalmente, no podemos pasar por alto el ejemplo concreto que nos ofrecen nuestros fundadores y fundadoras, muchos de ellos iniciaron caminos nuevos, respuestas inéditas a los retos y demandas de la sociedad..., creando su peculiar y novedoso modelo de vida religiosa.

Desde este fondo, y a través de los grandes cambios que sufre nuestro mundo en el inicio del siglo XXI, no es extraño que nuevamente el momento histórico ponga a prueba la capacidad de respuesta de la vida religiosa. ¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Qué luz va a iluminar nuestro cambio?

La experiencia bíblica nos revela que por muy densa que sea la oscuridad, Dios está ahí mismo, en el desierto y la dificultad, conduciendo a su pueblo hacia la libertad, haciendo parir en la vejez. En la opresión, el despojo, la esterilidad, la aparente muerte y humillación, aletea su presencia como respuesta esperanzada.

Dadas las limitaciones de esta charla, os propongo ahora una mirada sencilla, pero iluminadora, hacia dos de los grandes personajes del Antiguo Testamento: Abraham y Elías. Unos modelos, especie de icono o paradigma del camino humano, que, junto con Moisés, aparecen como animadores, pioneros y testigos de un camino de búsqueda abierto a todos los lugares y los tiempos de la historia. Abraham representa a la esperanza que confía que se cumplan las promesas, un caminante incansable en busca de tierra, un padre anciano que busca descendencia; Elías la confianza en el tiempo de la prueba, la crisis de un viejo profeta desilusionado. Sus situaciones y caminos nos enseñan a entender y a orientar el rumbo de nuestro propio camino.

3. ABRAHAM, UN CAMINANTE EN BUSCA DE TIERRA

"Mi padre era un arameo errante". En el principio estaba el hombre del camino, aquel oscuro patriarca "araméo", que se atrevió a romper con su pasado, abandonando familia y seguridades para abrirse hacia lo nuevo. Precisamente en ese padre caminante y estéril se funda la Escritura. Todos nosotros, creyentes, provenimos de aquel gesto de salida y esperanza.



Habla la carta a los hebreos de que Abraham parte en busca de nueva tierra, sin conocer el destino (Hb 11,8) con la pretensión de formar un pueblo diferente aunque no tenía descendencia. Para ello sólo cuenta con su fe en la Palabra que un día escuchó:

"Sal de tu tierra nativa y de la casa de tu padre, y vete a la tierra que yo te mostraré. Y de esa manera: yo haré que seas pueblo grande, te bendeciré y engrandeceré tu nombre de manera que seas una bendición..." (Gn 12,1-2).

En realidad, la voz de Dios se expresa como urgencia de salida, pero en su contexto literario, no se trata de una "nueva ruptura". En Gn 11, el protagonista ya está de camino. Abraham forma parte del clan de Téraj (su padre) y es Téraj el que ha tomado la iniciativa de dejar Ur y dirigirse hacia Canaán. Llegados a Jarán, y muerto Téraj, cuando Abraham tenía sus significativos 75 años, la voz de Dios retoma la intuición de uno que decidió partir y reinterpreta aquella decisión como su propio designio.

Iluminados por Abraham, sabemos que al principio está el ponerse en camino, un movimiento de ruptura y de refundación en esperanza. Pero entre el éxodo inicial (Gn 12,1) y la primera porción de esa tierra prometida (Gn 23,12-20) está la realidad como lucha y tentación: la itinerancia; los miedos y las estrategias para sobrevivir; las desavenencias en la propia familia y el conflicto de intereses con su sobrino Lot; las promesas divinas de tierra y descendencia; la esterilidad de Sara y la fecundidad de Agar, la esclava; el nacimiento de su hijo Ismael y la debilidad al abandonarlos en el desierto; la alianza y circuncisión; la visita de los tres ángeles en el encinar de Mambré y la risa burlona de Sara; la intercesión de Abraham por las ciudades pecadoras de Sodoma y Gomorra; el nacimiento de Isaac y el episodio de su sacrificio en el monte Moria; finalmente, la muerte y sepultura de Sara..., la primera posesión de la tierra es el sepulcro para enterrar a Sara que Abraham compra, estando ya Sara "de cuerpo presente".

Pienso que es el conjunto de la historia de Abraham la que nos ilumina, en este momento de no saber muy bien a dónde dirigirnos, más que algunos episodios concretos. Algunos han pensado en el episodio del sacrificio de Isaac, pero creo que el relato tiene otros intereses y no podemos forzarlo a decir lo que nosotros queramos. La historia de Abraham lleva en sí todas nuestras paradojas y desconciertos ante la encrucijada actual de nuestra vida religiosa. Al nómada se le promete una tierra; a la estéril, descendencia de reyes y pueblos. El hombre sin pasado (lo ha cortado), el hombre que no puede contar más que con el futuro que Dios le ha dado, se atreve a desafiar la cultura mayoritaria que sacrifica hijos...

Los momentos creadores en la historia de la vida religiosa no se han hecho sin rupturas profundas⁶. Sólo así, será capaz de escuchar y aceptar un nuevo mensaje de Dios que nos anima a seguir buscando, a recrear y refundar, un nuevo rostro de vida religiosa. Inventar el futuro. "Fidelidad creadora" (VC 37), ¿no es ese el verdadero discernimiento de nuestra vida religiosa?

Estamos en un tiempo desconcertante y apasionante. Nuestro reto es, como lo hiciera Abraham, acoger con fe la oscuridad y la muerte, convencidos y convencidas de que el Señor ensanchará nuestra esperanza. Abraham murió sin ver el cumplimiento de la promesa. Sólo vio pequeños signos. Abraham nos invita a seguir creyendo en la abundancia

⁶ C. Palacio op. cit. pp. 19-20.



de Dios, aunque lo que alcancemos a ver en nuestro horizonte sea sólo algo muy pequeño. Frente a las promesas retóricas de arenas de playas y estrellas del cielo, lo único que contempla Abraham es un hijo de Sara. Igualmente, el anciano Simeón esperaba ver la consolación de Israel y murió contento, porque sus ojos habían visto cumplirse la promesa. En realidad, tras tantos años de espera lo único que vio fue un niño pequeño. Pero, como Abraham, creyó que aquel niño era el cumplimiento de la promesa. El tiempo demostrará que ambos tenían razón. Pero murieron sin ver otra cosa que un niño. Quizás a nosotras y nosotros también muramos sin haber visto mucho más.

4. ELÍAS, LA CRISIS DE UN PROFETA CANSADO

Pertecemos a un mundo de antiguos ilusionados. Pero las olas del cansancio han llegado hasta nosotros, que habíamos sentido vocación para ser liberadores, para transformar la Iglesia y actuar de samaritanos. Pero las cosas no han sido como habíamos pensado. Primero ha venido el desaliento. Con el desaliento el cansancio. ¿Para qué seguir soñando y trabajando? ¿No sería mejor que abandonemos unas redes que hace tiempo están siempre vacías? Casi no sabemos dónde estamos ni hacia dónde caminamos.

En esta situación recordamos ahora los relatos del profeta Elías⁷, especialmente su cansancio, su crisis de vocación, su angustia ante el futuro. Estos antiguos textos se vuelven especialmente transparentes, como escritos para este nuestro momento de vida religiosa.

Elías, como expresa su nombre, mi Dios es Yahvé, es el hombre del absoluto de Dios, fascinado por su gloria, por su trascendencia, por su justicia. En las narraciones que nos conservan el recuerdo de Elías (1 Re 17-2 Re 2) aparece, como en Abraham, el tema de la itinerancia, de ponerse en camino, salir, cambiar, caminar en busca del Dios de la alianza. También Elías tuvo su ilusión de éxito y de gloria. Puesto al servicio de Yahvé luchó por un cambio radical del pueblo. Por eso mantuvo sobre el Carmelo la guerra a muerte en contra del baalismo, y en Yezrael un combate de justicia, frente al rey que no sentía reparo en destruir a los inocentes (1 Re 21). Otras veces lo encontramos huyendo hacia el desierto y adentrándose allí por miedo a las amenazas de Jezabel (1 Re 19,1-4).

Pero el desierto es duro y amenazador, y Elías se descubre un día herido, sin perspectivas ni fuerzas, como tantos de nosotros y nosotras. Ha luchado muchos años, se siente viejo, fracasado y solo, hasta el punto que se desea la muerte. Huye del conflicto social, de los poderes que amenazan y persiguen al débil. En el fondo, escapa de sí mismo:

"Continuó por el desierto una jornada de camino y al final se sentó bajo una retama y se deseó la muerte: ¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida, que yo no valgo más que mis padres!" (1Re 19,4-5).

No quedaba más alternativa que gritar al Dios que un día le salió al encuentro para llamarle a su servicio. Se durmió pensando en no despertar; el horizonte de su vida estaba bloqueado. Entonces, del sueño más profundo le llamo el Señor de nuevo:

"Un Ángel le tocó y le dijo: ¡Levántate, come! Miró Elías y vio a su cabecera un pan cocido sobre piedras y un jarro de agua. Comió y bebió y se volvió a acostar. Pero el Ángel del

⁷ En toda esta reflexión me he basado en el comentario de X. Pikaza, Anunciar la libertad a los cautivos. Palabra de Dios y catequesis. Sígueme, Salamanca, 1985.



Señor le volvió a tocar y le dijo: ¡Levántate, come! Que el camino es superior a tus fuerzas. Elías se levantó, comió y bebió, y con la fuerza de aquel alimento caminó cuarenta días y cuarenta noches, hasta el Horeb, el monte de Dios. Allí se metió en una cueva, donde pasó la noche" (1 Re 19,5-8).

Ha querido morir, pero con la visita del ángel recibe, junto con el pan y el agua, una palabra que le recuerda su debilidad. Ha vivido momentos de fuerza y esplendor en el Carmelo, pero en la aridez del desierto ha tocado fondo en la conciencia de su pobreza y de sus límites. Si embargo, con la fuerza de ese alimento, siente la llamada a retornar al origen de su vocación y dialogar de nuevo con Dios que un día le ungió profeta. Para ello es necesario vencer el cansancio y el desánimo y volver hacia atrás, caminar cuarenta días, como los cuarenta años del pueblo israelita en el desierto, a los fundamentos más hondos del origen de su pueblo, allí donde Dios le fundamentó con su palabra, hasta el Horeb, el monte de la cita con Dios.

Elías, el viejo profeta deprimido, llega hasta el Horeb donde le espera el Señor. Y, aunque vuelve a refugiarse en la cueva de su propia angustia, el Señor le interpela y él le expone sus quejas:

"Y el Señor le dirigió la palabra: ¿Qué haces aquí Elías?

Me consume el celo por el Señor, Dios de los ejércitos, porque los israelitas han abandonado tu alianza. Han derruido tus altares y han asesinado a tus profetas. Sólo quedo yo, y me buscan para matarme. El Señor le dijo:

Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor. ¡El Señor va a pasar!

Vino un huracán tan violento, que descuajaba los montes y hacía trizas las peñas delante del Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Vino después del viento un terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Después del terremoto vino un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego se oyó una brisa tenue; al sentirla, Elías se tapó el rostro con la mano, salió afuera y se puso en pie a la entrada de la cueva. Entonces oyó una voz que le decía: ¿Qué haces aquí Elías?" (1 Re 19,9- 13).

¿Qué haces? Elías, le cuenta a Dios su historia de abandono y de fracaso, pero ahora debe aprender a escuchar a Dios y descubrir quién es realmente..., como suave brisa. Siempre le había esperado como viento que destruye; y cuántas veces le había sentido como temblor de tierra o fuego que devora en su palabra y con sus gestos. Pues bien, ahora se da cuenta de que no era nada de eso. Y Elías, ya viejo y cansado, tiene que aprender de nuevo a descubrir a Dios fuera de la cueva de sus miedos, en la brisa suave.

Aprender significa volver a empezar. El profeta desilusionado ha subido al encuentro de Dios a quejarse y morir. Dios parece que acepta su queja, pero le enseña un camino distinto, le confía una nueva misión y le ensancha su esperanza:

"Desanda tu camino hacia el desierto de Damasco, y cuando llegues, unge rey de Siria a Jazael, rey de Israel a Jehú y sucesor tuyo a Eliseo... Y yo me reservaré en Israel a siete mil hombres..." (1 Re 19,15-18)

Elías, en medio de la más grande encrucijada de su vida, se da cuenta de que lo que hace falta no es morir sino empezar de nuevo en el camino señalado. Fielmente creativo, a pesar



de su vejez, de sus cansancios y soledad, debe desandar el camino del desierto. Había sido profeta del fuego, quizá con la potencia del huracán o el terremoto. Ahora se presenta de otro modo, una nueva figura de su ser profeta de un Dios de la brisa suave. Nuevos signos, nueva imagen, nuevas respuestas. En la montaña, en el reencuentro con el verdadero Dios, más allá del desaliento, más allá de los fracasos y la incertidumbre ante el futuro, Elías descubre de nuevo su vocación, comienza otra vez su camino.

Este es precisamente nuestro tema: reencontrar de nuevo nuestro camino, el rumbo de nuestra vocación, como vida religiosa en el siglo XXI. Hemos ido entrando en la aridez del desierto y estamos, como el viejo profeta, tocando fondo en la conciencia de nuestra pobreza y de nuestros límites; sentados y sentadas debajo de la retama de nuestras ruinosas instituciones, nos sentimos sin ánimos de seguir adelante. Habíamos puesto nuestra esperanza en proyectos y obras de fuego y huracán, de transformación externa. Quizás estábamos olvidando la "brisa suave de Dios"; empeñados como religiosos y religiosas en nuestras múltiples tareas, no éramos capaces de sentirla y acogerla.

Necesitamos reconocer la visita del ángel, que nos trae ese pan y esa agua y que nos recuerda que tenemos una cita en el Horeb para vincularnos de nuevo con un Dios que nos espera, pero que nos sorprenderá siempre en nuestras ilusorias expectativas. Es necesario, para ello, ponerse en camino hacia la montaña del encuentro, hacia el fundamento de nuestro ser profético, y salir fuera de nuestras cuevas y refugios, para aprender a reconocerle en los nuevos signos de este nuestro oscuro tiempo.

¿Qué haces aquí, hombre y mujer consagrado? Esta es una buena pregunta. El Señor escucha nuestras quejas, nuestra manera de analizar lo que nos pasa. La voz de Dios es tajante: "Desanda tu camino hacia el desierto de Damasco..." Vuelve al origen de tus utopías y proyectos y, fundado en ese Dios que es pura brisa, como humilde y sencilla presencia, podrás recrear tu misión profética en medio de los grandes problemas sociales y culturales de Damasco o Samaría...

Más aún, Elías sube al monte solo. "Sólo quedo yo...", se queja... ya no existe vocación de profeta... Sube solo, pero Dios le manda bajar acompañado. Tiene una nueva experiencia, un nuevo mensaje y un nuevo proyecto para compartir con otros en una nueva forma de ser profeta. Y Dios le asegura que tras él seguirá habiendo profetas: "Unge como sucesor tuyo a Elíseo..."

Esta es la historia de Elías, el viejo profeta cansado. Léida en nuestro actual contexto de vida consagrada adquiere matices, perspectivas profundamente iluminadoras. Es palabra directa a nuestra situación. No necesita más comentario.

5. ¿HACIA DÓNDE?

Ciertamente, ésta era la pregunta. Como Abraham, como Elías, como los de Emaús, después de haber encendido nuestro corazón a la luz de su palabra nos toca levantarnos y seguir caminando. Tenemos todavía, como vida consagrada, un largo camino por recorrer porque lo nuestro, y lo de todos los hombres y mujeres seguidores de Jesús, es estar siempre en camino. Pero, ¿hacia dónde?

La experiencia de Abraham y de Elías nos han mostrado que en medio de las más oscuras situaciones e incertidumbres Dios tiene una respuesta sorprendente, puede que inesperada,



pero es la señal de ruta para que el peregrino continúe su camino. Nuestro reto es, como lo hicieron Abraham y Elías, acoger en nuestra entraña la paradoja de la esperanza y del futuro, desafiando los límites impuestos, porque la esperanza contra toda esperanza ha sido siempre el pilar más fuerte de todo creyente, podemos decir como Pablo: "Estamos apurados, pero no desesperados; somos perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no aniquilados; siempre transportando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que se manifieste en nuestro cuerpo su vida"(2 Co 4,8-9).

La vida religiosa es un fenómeno que ha acompañado a la Iglesia a lo largo de casi toda su historia. Sin embargo, sólo han sobrevivido las instituciones que han tenido la capacidad de responder a las sensibilidades del momento, recreando su propio carisma. Decíamos también que, el cambio comienza con el descubrimiento del siguiente paso, o más bien cuando descubrimos que el último paso ya no funciona. Pero ¿Cómo configurar esta forma de vida cristiana de manera significativa para este nuevo tiempo? ¿Hacia dónde ir?

Para descubrir el rumbo a seguir contamos con una indicación preciosa en nuestra propia tradición. En sus momentos mejores, esta forma de vida cristiana, aparece como un modo de existencia liminal⁸, fronteriza, no convencional y profética. Nuestros fundadores y fundadoras constituyen un buen ejemplo de lo que esto significa. Inspirados por el Espíritu del Señor Resucitado, se supieron situar, como los antiguos profetas, en los límites de la sociedad y la Iglesia de su tiempo; buscaron siempre los lugares de frontera, y lograron abrir nuevas posibilidades de seguimiento de Jesús con estilos peculiares. No cedieron a la tentación de recorrer los caminos trillados que funcionaban, quizás incluso con prestigio, en su época, sino que, como profetas del futuro, se aventuraron, aun a riesgo de equivocarse, por los nuevos senderos donde Dios les llamaba hacia las fronteras de una tierra en libertad.

Por eso, nuestro desafío actual no es adivinar si nuestra vida religiosa tendrá futuro o no, pues está en manos de Dios, sino, al estilo de Abraham, de Elías, de nuestros fundadores y fundadoras, si es lo suficientemente creyente como para ver a Dios en estos signos de los tiempos y aceptar esta hora como la hora querida por Dios para cada una de nuestras instituciones. Se trata de llegar resueltamente al lugar de la cita con el Señor, al Horeb, a los límites de lo humano y de lo religioso en nuestra propia cultura.

¿Seremos capaces, los religiosos y religiosas del tercer milenio, de recuperar ese espacio liminal y fronterizo, y situarnos en fidelidad a nuestros orígenes y a la misión profética y liminal que nuestros carismas inspiran?

Nuestra vida religiosa, junto a otras personas y grupos liminales, tendrá que tender, cada vez más, a situarse en esa zona en la que se da la conjunción y disyunción del mundo, en los límites de lo religioso, de lo cultural, de lo antropológico, de lo sociológico... de lo humano. Allí donde el Dios crucificado está y se revela en los márgenes de la exclusión y la opresión de tantos hombres y mujeres que viven y mueren sin dignidad. Allí donde se

⁸ Este concepto antropológico-sociológico fue acuñado por Arnold Van Gennep en 1908, para designar la separación periódica de una persona de su familia (por ejemplo en los ritos de iniciación). Recientemente ha sido adoptado por E. Turner para explicar los rasgos de ciertos grupos o comunidades en su relación e interacción con las corrientes culturales predominantes. Es hoy día una metáfora, utilizada por la mayoría de los estudiosos y teólogos de la vida consagrada, para expresar la identidad de la vida religiosa en la Iglesia y el mundo.



expresan y articulan los valores más sagrados, las esperanzas y aspiraciones más profundas de la humanidad. Allí donde se recuerda a todo ser humano en qué consiste esencialmente ser hombre o mujer. Allí donde se convierte en valor central la interrelación y la complementariedad de todas las formas de vida.

Los grupos liminales urgen cambios profundos y radicales en el orden establecido. Representan un movimiento de valores contra-culturales, una memoria peligrosa, un potencial crítico, un ejercicio audaz de libertad: experiencia mística y religiosa frente al secularismo y pérdida del sentido trascendente; gratuidad y generosidad frente al sistema comercial y competitivo; participación, solidaridad y ternura compasiva frente a la discriminación, la exclusión y la explotación; interrelación y complementariedad frente a toda cultura del individualismo y la competitividad; respeto y responsabilidad por la tierra frente a todo egoísmo y maltrato desaprensivo del planeta...

Es difícil definir en general los lugares y situaciones de nuestras nuevas "fronteras". Cada congregación tiene su frontera "particular" que le está esperando, porque esta nueva significatividad se juega en las opciones concretas y cotidianas. Cada instituto debe hacer su propio discernimiento. Pero hay lugares en los que los religiosos y religiosas podemos seguir siendo liminales, seres y grupos de frontera, inclasificables y de difícil domesticación. Y esos lugares siguen estando en los márgenes.

La sociedad en que vivimos no es sólo la sociedad que nos ha olvidado y que ha eclipsado nuestra relevancia social, la sociedad en que vivimos nos ofrece también nuevas posibilidades. Esta nueva sociedad, distinta y secularizada, nos define como individuos e individuos libres; somos ciudadanos y somos consumidores, éstos son los espacios que nos reservan, con todos y todas las demás. Como personas y como pequeños grupos podemos compartir la militancia política (en el sentido más amplio), formar parte del tejido asociativo; una nueva manera de ser y de vivir en red ("enredados") en aquella globalización del amor soñada por Jesús. Son muchos los hermanos y hermanas que se organizan para generar dignidad, trabajo, justicia..., desde los movimientos anti-globalización, hasta la lucha contra el Sida o las plataformas de acción más local. En la mirada crítica y en la pregunta por el sentido se juega nuestra mística; en nuestro compromiso por la justicia y la vida se juega la pertenencia al Reino y esto está en relación a nuestras opciones cotidianas de consumo: no es indiferente el detergente que usamos, los transportes que elegimos, la basura informática que generamos, el papel que hacemos correr por nuestras impresoras...todas estas opciones hablan del mundo que estamos dispuestos a construir y desmienten, muchas veces, nuestras declaraciones a todo color y en papel satinado.

Las opciones asociativas y de consumos, creo que hoy forman parte de los indicadores significativos y testimoniales. Lo más elocuente de nuestra vida es nuestra red de relaciones: con, quiénes estamos, compartimos nuestro techo, nos reunimos, nos divertimos.... con quiénes lloramos, y no sólo por quiénes, ¿no lo fueron también del Maestro?

Hemos de aprender nuevos talentos, nuevas formas de estar, y podemos hacerlo con las personas de nuestro tiempo, hermanos y hermanas de nuestro tiempo, que han desarrollado esta sensibilidad antes que nosotros, ¿no lo hicieron así nuestros fundadores y fundadoras?



Misioneros Redentoristas

Es verdad que nos preocupa el número. Vivimos en un mundo competitivo y calculador, y estamos acostumbrados a medir el valor de las cosas en cifras y su importancia por el volumen de su tamaño y prestigio social y no por su calidad evangélica. Ahora bien, si tomamos como referencia los números del punto de partida de cada una de nuestras congregaciones, nuestro declive actual es relativo. Comenzamos siendo muy poca cosa. Lo que pasa es que ahora somos escasos para los numerosos compromisos que hemos "adquirido". De todas formas, ahí tenemos la respuesta del Señor a los cálculos de nuestro amigo Gedeón: "Todavía es demasiada gente" (Jue 7,4).

Vosotros y vosotras, animadores y animadoras "provinciales", en esta nueva hora de la vida religiosa, de incertidumbres, pérdidas y sombras, estáis llamados a ser los comadrones y comadronas de este nuevo caminar en esperanza. Aún más, a engendrar ese nuevo modo de ser evangélicamente religiosos y religiosas de una nueva era, recordad a Abraham a Elías, a cada uno de vuestros fundadores y fundadoras. Sondead vuestras ganas de parir, de engendrar, de dar a luz, también en la ancianidad, alentando deseos, sueños y posibilitando ESPERANZAS.

Necesitamos soñadores y soñadoras, gente visionaria que vayan delante de nosotros, como los exploradores de esa tierra prometida (cf. Nm 13), y nos empujen a tomar opciones arriesgadas, a encaminarnos por nuevos laberintos hacia las nuevas fronteras de lo humano, en comunión, en red, compartiendo misiones apostólicas con todos los hombres y mujeres liminales, que luchan, también, por la transformación de un mundo globalizado y excluyente. Y, que, más allá de la preocupación por la supervivencia de su Instituto, tengan el valor de creer y esperar que el evangelio es la semilla que puede transformar el mundo.

Como vigías despiertos que oteáis el horizonte, en esta noche incierta de la vida consagrada, "¿Qué veis en la noche, decidnos, centinelas?" (Is 21,11).